



# Fábulas





# FÁBULAS

## SECCION LITERARIA

### FÁBULA I

#### NO HAY GLORIA SIN PEÑA

##### LOS JÓVENES Y LA OFRENDA

En un vergel ameno  
mil jóvenes sin freno  
discurren distraídos,  
aquí y allí perdidos.  
Uno á otro, de un arranque,  
zambulle en un estanque;  
y el otro á su vecino  
le acuesta en un espino.  
Para ellos esculturas  
son hórridas figuras;  
y así, cual en retablo,  
copiando los del diablo,  
las pintan sutilmente  
un no sé qué en la frente.  
Ya sin panza de un taco  
me dejan al Dios Baco;  
y ya á Venus la bella,  
tan sin pudor como ella,

por más que se agazapa  
 haciendo que se tapa,  
 la hacen que, como un charro,  
 fumando esté un cigarro.  
 Uno al fin sobre Apolo,  
 travieso como él solo,  
 mostrando una corona,  
 esto á todos pregona:  
 —Aunque envidias provoque,  
 del que el extremo toque  
 de ese ciprés que ondea,  
 premio esta ofrenda sea.  
 —¡Arriba!—gritan todos,  
 corriendo de mil modos:  
 y en trances infelices,  
 los ojos y narices,  
 ya ven de día estrellas,  
 ya acaso barren huellas,  
 ya el alto viene abajo  
 asido del zancajo,  
 ó ya el más bajo al otro  
 le monta como á un potro;  
 hasta que uno, elevado,  
 que más que otros, lo osado  
 con lo dichoso junta,  
 tocó al ciprés la punta,  
 al fuego que le inflama;  
 y ¡chasc!... rota la rama,  
 cayó rápidamente,  
 haciéndose en la frente,  
 amén de algún rasguño,  
 un chichón como un puño.  
 Cercáronle con prisa  
 unos fingiendo risa,  
 y otros mostrando pena  
 por la ventura ajena;  
 y vendando sus sienas,  
 tras de mil parabienes,  
 por cima de la venda  
 ciñéronle la ofrenda.

*Dos coronas contemplo  
 que ha de ceñir el sabio  
 para alcanzar victoria,  
 si de la gloria al templo,  
 despreciando su agravio,  
 aspira en su delirio:  
 antes la del MARTIRIO,  
 después la de la GLORIA.*

## SECCIÓN POLITICA

### FÁBULA I

#### INSUFICIENCIA DE LAS LEYES

##### EL REINO DE LOS BEODOS

Tuvo un reino una vez tantos beodos,  
 que se puede decir que lo eran todos,  
 en el cual por ley justa se previno:

—*Ninguno cate el vino.*—

Con júbilo el más loco  
 aplaudióse la ley, por costar poco;  
 acatarla después, ya es otro paso;  
 pero en fin, es el caso  
 que la dieron un sesgo muy distinto,  
 creyendo que vedaba sólo el tinto,  
 y del modo más franco

se achisparon después con vino blanco.  
 Extrañando que el pueblo no la entienda,  
 el Senado á la ley pone una enmienda,  
 y á aquello de: *Ninguno cate el vino*,  
 añadió, *blanco*, al parecer, con tino.  
 Respetando la enmienda el populacho,  
 volvió con vino tinto á estar borracho,  
 creyendo por instinto ¡mas qué instinto!  
 que el privado en tal caso no era el tinto.

Corrido ya el Senado,  
 en la segunda enmienda, de contado,

—*Ninguno cate el vino,*

*sea blanco, sea tinto*—les previno;  
 y el pueblo, por salir del nuevo atranco,  
 con vino tinto entonces mezcló el blanco;  
 hallando otra evasión de esta manera,  
 pues ni blanco ni tinto entonces era.

Tercera vez burlado,

—No es eso, no, señor—dijo el Senado:—  
 ó el pueblo es muy zoquete ó muy ladino:  
 se prohíbe mezclar vino con vino.—

Mas ¡cuánto un pueblo rebelado fragual  
 ¡Creeréis que luego lo mezcló con agua?  
 Dejando entonces el Senado el puesto,  
 de este modo al cesar dió un manifiesto:  
*La ley es red, en la que siempre se halla  
 descompuesta una malla*